



Afecto, vínculo y desarrollo del self

André Sassenfeld J.¹

Santiago, Chile.

En este trabajo, se realiza un recorrido conceptual por algunas áreas de intersección entre afecto, vínculo y desarrollo del self integrando elementos desde la perspectiva de la psicología del self, la teoría psicoanalítica de la intersubjetividad y de la teoría del apego. Se intentan establecer los contornos generales del desarrollo del self desde el punto de vista de la afectividad. Se concluye, así, acerca de la afectividad como núcleo primordial del self.

Palabras clave: Desarrollo del self; afectividad; vínculos; desarrollo temprano.

This paper presents a conceptual framework that integrates areas of intersection between affect, relationship and development of the self using elements from the perspectives of self psychology, psychoanalytic intersubjectivity theory, and attachment theory. It is attempted to describe a general outline of self development from the vantage point of affectivity. It is concluded regarding affectivity as the central nucleus of the self.

Key Words: Development of the self; affectivity; relationships; early development.

English Title: Affect, relationship and development of the self

Cita bibliográfica / Reference citation:

Sassenfeld, A. (2011). Afecto, vínculo y desarrollo del Self. *Clínica e Investigación Relacional*, 5 (2): 261-294. [ISSN 1988-2939]

Sin lugar a dudas, uno de los pilares fundamentales de una comprensión profunda de la experiencia humana y de los procesos psicoterapéuticos es una concepción teórica comprensiva que sea capaz de dar cuenta, entre otras cosas, del desarrollo de la personalidad y de la constitución de la identidad personal. Enmarcadas en el principio básico de que los afectos son de importancia primordial en la regulación de las trayectorias del desarrollo humano (Panksepp, 2001), muchas concepciones recientes del desarrollo del self han hecho hincapié en los orígenes relacionales de la organización psíquica y en la relevancia central de la interacción y comunicación afectiva entre el infante y sus cuidadores en términos de la estructuración de la personalidad. Siguiendo a Haft y Slade (1989), por ejemplo, la forma en la que las madres transmiten a sus hijos tempranamente la complejidad y riqueza de su propia vida emocional es un aspecto fundamental de los primeros pasos en la definición de la amplitud del rango de experiencias emocionales del bebé. En efecto, desde el punto de vista del infante, “la parte más vital de su entorno es la conexión emocional con su cuidador” (Balbernie, 2001, p. 237).

Tal como aclara Schore (2003a) introduciéndonos en los contenidos de este trabajo, el

desarrollo es “transaccional” y es representado por una dialéctica continua entre el organismo que madura y el ambiente cambiante. Esta dialéctica está arraigada en la relación infante-madre y la emoción (el afecto) es lo que se transacciona en estas interacciones. Este sistema altamente eficiente de intercambio emocional es por completo no-verbal y continúa a lo largo de toda la vida como comunicaciones afectivas sentidas de modo intuitivo que transcurren en el seno de relaciones íntimas. El desarrollo humano no puede ser comprendido al margen de esta relación de transacción de afectos. En efecto, parece que el desarrollo de la capacidad de experimentar, comunicar y regular emociones puede representar el evento clave de la infancia humana. (p. 72)

Sintetizando la aproximación conceptual característica de este artículo, Kochanska (2001) agrega que las “relaciones en general son consideradas como contexto crítico para el desarrollo de la emocionalidad [...]” (p. 474) y, más allá, partimos del supuesto de que durante los primeros años de vida puede constatarse una primacía básica de la afectividad (Fosha, 2003).

En este trabajo, esbozaremos una visión del desarrollo del self que subraya la extraordinaria importancia de la afectividad como dimensión primaria de los procesos evolutivos por un lado y de los contextos vinculares en medio de los cuales tales procesos transcurren por otro lado. Con ello, iremos poniendo al descubierto el íntimo entrelazamiento de afecto y vínculo. Enfatizaremos, en particular, algunos conceptos ligados a la psicología psicoanalítica del self, a la teoría de la intersubjetividad y a la teoría del apego y los utilizaremos para examinar tanto el desarrollo del self, los orígenes de la capacidad simbólica y la existencia de procesos inconscientes como las vicisitudes del apego y la

comunicación temprana. Concluiremos estableciendo que la afectividad puede ser considerada como el fundamento del self. En primer lugar, traeremos nuestra atención hacia algunos conceptos del self que nos ayudarán a enmarcar los restantes contenidos de este artículo.

Sobre el concepto del self

Mitchell (1991) ha destacado que las formulaciones conceptuales en torno al self han sido una de las preocupaciones predominantes del psicoanálisis contemporáneo. Hartmann (1995) especifica, en este sentido, que durante los últimos cincuenta años el psicoanálisis se ha movilizado gradualmente desde la pulsión, pasando por el yo, hacia el self. Hartmann atribuye el acercamiento de los teóricos psicoanalíticos a la noción cardinal del self a la circunstancia de que las reflexiones conceptuales expresadas en el lenguaje metapsicológico habían empezado a alejarse en exceso de la realidad inmediata de la experiencia humana. En el transcurso de las últimas décadas, el interés por estudiar y comprender la experiencia desde una perspectiva fenomenológica ha ido pasando de modo progresivo a un primer plano (Atwood & Stolorow, 1984; Kohut, 1984; Stolorow et al., 1987, 2002; Wolf, 1988) y, con ello, la noción del self –como constructo teórico de gran alcance que, en términos amplios, intenta capturar la esencia de la experiencia subjetiva– se ha ido transformando en un referente conceptual básico.

Sin que resulte ser muy sorprendente, la situación mencionada ha llevado a que el concepto del self sufra de una gran medida de imprecisión y a que sus significados y usos divergentes abunden. No obstante, las dificultades para encontrar una definición consensuada y unívoca del término no están relacionadas con que este no haga referencia a algo significativo sino con el hecho de que, por el contrario, refiera a una diversidad de fenómenos psicológicos que pueden ser considerados relevantes (Mitchell, 1991). Así, ha sido empleado para conceptualizar aspectos tan diversos del funcionamiento psíquico como un determinado conjunto de ideas o representaciones, una estructura mental, una entidad que inicia acciones y otros más. La realización de una revisión de las definiciones más importantes del concepto nos alejaría en demasía de nuestros objetivos; sin embargo, mencionaremos algunas de ellas con la finalidad de aproximarnos a una circunscripción definitoria que sea funcional en este contexto.

Jung (1928) fue uno de los primeros teóricos en utilizar la noción del self como elemento central en sus concepciones. Para él, la consciencia y el inconsciente

no están necesariamente en oposición uno respecto del otro, sino que se complementan el uno al otro para constituir una totalidad, que es el *self*. De acuerdo a esta definición, el self es un principio superordinado al ego consciente. Engloba no sólo la psique consciente, sino también la inconsciente y, en consecuencia, por así decirlo es una personalidad que *también* somos. (p. 186, cursivas del original)

La definición de Jung entiende el self como totalidad psicológica y supone que el self es un

factor psíquico que trasciende la experiencia consciente. De esta manera, su énfasis es más amplio que el acento reciente sobre la realidad fenomenológica en la cual vive inserto el individuo; no obstante, sus ideas nos permiten tener en consideración que la identidad y la experiencia personal no siempre son delimitables con facilidad y que abarcan aspectos que al menos a momentos son inconscientes. Asimismo, el punto de vista de Jung nos permite entender el self como fenómeno que no es plenamente capturable mediante definiciones y palabras específicas. Para Jung, una de las funciones primordiales del self es actuar como principio organizador y ordenador que encauza el desarrollo de la personalidad. En la psicología analítica junguiana, el self expresa la unidad y totalidad de la psique (Jacoby, 1985).

Después de Jung, Winnicott (1960) fue uno de los teóricos más importantes que hizo un uso sistemático de la noción del self como eje principal de su teoría del desarrollo emocional temprano. Siguiendo a Winnicott, lo que denomina *verdadero self* originalmente “surge de los tejidos y las funciones corporales, incluso de la acción del corazón y de la respiración [...]” (p. 193) y “no hace más que reunir los detalles de la experiencia de estar vivo” (p. 193). Agrega que el self verdadero aparece en cuanto existe algún grado de organización psíquica y que está ligado a la experiencia de continuidad existencial y de sentirse real como individuo. Más allá, el surgimiento del verdadero self y la experiencia de ser real son procesos que sólo son posibles en el contexto de una relación con una madre “suficientemente buena” –esto es, una madre o su sustituto que sea capaz de proporcionar cuidados maternos que, en términos generales, favorecen y apoyan de distintas maneras el crecimiento psicológico del niño. Por otro lado, Winnicott planteó la existencia de un *falso self*, que corresponde en el desarrollo normal a una organización del yo adaptada al ambiente o una actitud social de cortesía que protege al verdadero self. En el caso de que el cuidador por diferentes razones no logre cumplir las tareas del maternaje de modo aceptable, el niño establece un falso self complaciente que ocupa el lugar del verdadero self y que puede generar sensaciones subjetivas de irrealidad y futilidad.

Otra definición del self que describiremos es aquella formulada por Kohut, el fundador de la llamada psicología del self. En los inicios del establecimiento de sus concepciones como enfoque sistematizado, Kohut (1971) entendió el self al mismo tiempo como contenido del aparato psíquico y como estructura interna de la mente, ambos vinculados a la representación psicológica que el individuo tiene de sí mismo². Con posterioridad, pensó que era necesario tomar en consideración dos significados complementarios del término: el self como contenido mental y –siendo este uno de sus aportes principales en torno a esta área conceptual– como centro del universo psicológico (Kohut, 1977). En *La restauración del sí-mismo* (1977), haciendo eco de lo expresado por Jung algunas décadas antes, señaló además:

Mis investigaciones contienen cientos de páginas sobre la psicología del sí-mismo, a pesar de lo cual jamás asignan significado inflexible al término sí-mismo, jamás explican cómo debe definirse su esencia. Pero admito este hecho sin contricción ni vergüenza. El sí-mismo, sea que se lo conciba dentro del marco de la psicología del sí-mismo en el sentido estrecho, como una estructura específica en el aparato mental o, dentro del marco de la psicología del sí-

mismo en el sentido amplio del término, como el centro del universo psicológico del individuo es, como toda realidad –realidad psíquica (los datos sobre el mundo que percibimos a través de nuestros sentidos) o realidad psicológica (los datos sobre el mundo percibido mediante la introspección y la empatía)– incognoscible en su esencia. No podemos, mediante la introspección y la empatía, penetrar en el sí-mismo *per se*; solo son accesibles sus manifestaciones psicológicas introspectiva o empáticamente percibidas. (p. 212, cursiva del original)

Hacia el final de su vida, Kohut (1984) afirmó que el self constituye el núcleo de la personalidad. Refiriéndose cada vez más a la experiencia subjetiva que el ser humano tiene de sí mismo como forma principal de definir el concepto, indicó que algunos de los atributos propios del self son su funcionamiento como centro independiente de iniciativa y recipiente independiente de impresiones y, más allá, aseveró que la vivencia específica de tener cohesión en el espacio y continuidad en el tiempo (o su ausencia) es una dimensión crucial del self. Como veremos, al igual que Winnicott, los psicólogos del self asumen que el desarrollo del self requiere de una matriz relacional capaz de proporcionarle al organismo en crecimiento un conjunto determinado de experiencias que impulsa la conformación de una organización psíquica cohesiva, coherente y estable.

Las ideas mencionadas de Kohut nos interesan en el contexto de este trabajo porque la psicología del self ha subrayado la centralidad de la dimensión afectiva como elemento constituyente del self. Tal como señala Riera (2002), el hecho de prestar atención de modo sostenido a la experiencia subjetiva conduce a que “los afectos adquieran automáticamente una especial relevancia, en particular aquellos afectos que tienen que ver con la self-experiencia, es decir la experiencia que el paciente tiene de sí mismo, su sentimiento de sí” (p. 98). En general, los teóricos vinculados a la aproximación creada por Kohut piensan que el self es una estructura psíquica que se expresa fenomenológicamente a través de la generación de un sentimiento sano de mismidad, de autoestima y de bienestar psicológico (Milch, 1995; Riera, 2002; Wolf, 1988, 1989b).

Wolf (1989b) considera que el self es aquella parte de la personalidad que provee a un individuo de un sentimiento de ser él o ella misma y, asimismo, siguiendo a Kohut expresa que el organismo pone de manifiesto una tendencia básica hacia la organización de la experiencia de tal manera que este proceso organizador resulte en un sentimiento congruente de consciencia y ser persona. Es decir, “el self es visto como el factor organizador central de la vida psíquica” (Jacoby, 1985, p. 65). Wolf añade que los afectos están ligados a los estados subjetivos del self y que pueden ser entendidos como parte fundamental de la experiencia de mismidad. Y, de hecho, la psicología del self utiliza como criterio esencial de la salud psicológica la accesibilidad de ciertos estados afectivos que denomina *vitalización* del self –esto es, estados de vitalidad, cohesión y vigor. La psicopatología, en cambio, está marcada por estados afectivos de *fragmentación* del self, que tienden a manifestarse por medio de vivencias de vacío, depresión e irrealidad.

Antes de empezar a delinear algunos de los aspectos primordiales del desarrollo de la personalidad desde la perspectiva de los procesos afectivos y vinculares involucrados,

destacaremos un último punto de vista respecto del self. Ya en 1907, Jung consideró que el “yo es la expresión psicológica de la combinación estrechamente asociada de todas las sensaciones del cuerpo” (p. 36, cursiva del original). En 1923, aunque al igual que Jung sin utilizar de manera explícita la noción del self, Freud por su parte afirmó que el yo es antes que nada un yo corporal y que, en última instancia, se constituye a partir de sensaciones que están localizadas en el cuerpo. En consecuencia, para Freud, “lo fundamental para la construcción del self son el cuerpo y sus afectos” (Aron, 1998a, p. xx). Estas concepciones son significativas en este contexto puesto que enlazan el yo con el cuerpo y, así, con los afectos en cuanto fenómenos que son en gran medida e inevitablemente corporales. Reich (1942, 1945) elaboró esta idea original de Jung y Freud durante gran parte de su vida y la convirtió, además, en el fundamento de una metodología psicoterapéutica centrada en el cuerpo y la corporalidad.

Reich supuso la existencia de una *personalidad nuclear* primaria o “núcleo” psicósomático que está dado de modo constitucional o natural y que se caracteriza por atributos que incluyen la sociabilidad, la creatividad, la sexualidad y la capacidad de amar (Eiden, 2002; Frigola, 2004; Lowen, 1975; Schrauth, 2001; Totton, 2003). Las reacciones emocionales espontáneas de esta personalidad primaria frente a ciertas experiencias infantiles con los cuidadores tempranos (rabia, temor, tristeza, etc.) son reprobadas y le imponen al niño la represión de un conjunto de afectos que no son aceptados por las figuras de apego. Como compensación y como mecanismo defensivo que mantiene controlados tales afectos, el niño conforma una máscara social o *personalidad secundaria* que facilita la adaptación al entorno humano, pero que dificulta el contacto genuino con las propias necesidades auténticas y con el mundo exterior. Estos procesos subjetivos e intersubjetivos llevan a la cristalización del carácter que, en la psicología somática iniciada por Reich, está compuesto tanto por actitudes psicológicas habituales como por actitudes corporales crónicas y engloba tanto la personalidad secundaria como la capa descrita de afectos reprimidos. Aunque Reich no usó el término self, Schrauth (2001) ha mostrado que sus nociones de personalidad primaria y secundaria pueden ser relacionadas sin mayores dificultades conceptuales con las nociones de verdadero y falso self en el trabajo de Winnicott y, en efecto, ya hace más de treinta años se trazó la relación teórica entre la personalidad primaria y el concepto del self (Fadiman & Frager, 1976; Frigola, 2004).

Continuando la obra de Reich, Lowen (1985) ha considerado el self como fenómeno primariamente biológico que puede definirse “como aquellos aspectos del cuerpo que tienen que ver con los sentimientos” (p. 47) y que “no se puede experimentar más que como un sentimiento” (p. 47). Piensa que el self no es un constructo mental, sino un hecho corporal y, más allá, opina que estar en contacto con el self equivale a ser consciente de los afectos y estar en contacto inmediato con ellos. Recientemente, desde la perspectiva de la psicología somática, Soth (2002) ha afirmado que los fundamentos del self están constituidos por la relación recíproca entre los procesos psicológicos y corporales. Cree que la “consciencia subjetiva de mí mismo tiene sus raíces en las sensaciones físicas, impulsos, movimientos y procesos que contribuyen a generar mi sentido de identidad [...]” (p. 126). Refiriéndose al

trabajo neurocientífico de Damasio, supone que el self está basado en la percepción continuada que el individuo tiene del cuerpo y en la traducción vivencial del estado corporal y emocional del organismo.

Hemos intentado proporcionar algunos elementos básicos para aproximarnos a una definición amplia del self como forma de contextualizar la exposición que sigue. Puesto que las definiciones específicas son numerosas y divergen en cuanto a los significados del término que establecen, no circunscribiremos más el concepto del self y dejaremos esta tarea en suspenso ya que no afecta de manera decisiva la comprensión de los procesos que puntualizaremos a continuación. Además, esta omisión se apoya en la siguiente opinión de Stern (1985):

Si bien no hay dos personas que se pongan de acuerdo sobre lo que es, como adultos tenemos un sentido muy real del sí-mismo que impregna cotidianamente la experiencia social. [...] Instintivamente procesamos nuestras experiencias de un modo tal que parecen pertenecer a algún tipo de organización subjetiva única que comúnmente denominamos sentido del sí-mismo. [...] Incluso aunque la naturaleza del sí-mismo eluda por siempre a las ciencias de la conducta, el sentido del sí-mismo subsiste como una importante realidad subjetiva, un fenómeno fiable y evidente que las ciencias no pueden dejar de lado. (pp. 19-20)

En la obra de los diferentes teóricos que hemos mencionado, la concepción del self está directamente ligada a consideraciones acerca de sus orígenes relacionales y su desarrollo a partir de las experiencias del niño con sus cuidadores. A rasgos muy generales, hemos descrito esas consideraciones en las contribuciones de Winnicott y Reich y no profundizaremos más en ellas porque, a pesar de que ambos consideran los afectos como aspectos centrales del desarrollo psicológico temprano, sus concepciones en sí mismas son muy elaboradas y merecerían cada una más atención de la que podemos concederle en el marco de este estudio. En lo que sigue, nos detendremos con mayor detalle en las conceptualizaciones de Kohut.

El desarrollo del self en la psicología kohutiana

A raíz de sus experiencias clínicas con pacientes adultos, Kohut (1971, 1977, 1984) articuló entre otras cosas una teoría del desarrollo del self. El caso de la teoría formulada por Kohut es un caso especial entre las teorías psicoanalíticas en cuanto, a pesar de las conocidas limitaciones que tienen las concepciones del desarrollo infantil que surgen exclusivamente a partir del trabajo psicoterapéutico con individuos adultos, se han podido establecer vínculos significativos entre diversos conceptos de la psicología del self y una variedad de hallazgos propios del campo contemporáneo de la investigación empírica de infantes (Basch, 1998; Hartmann, 1995; Schore, 2002; Stern, 1985). Más allá, aunque Kohut insistió hasta el final de su vida en que su aproximación debía ser considerada como psicología intrapsíquica que se

focaliza en la experiencia subjetiva y no en los vínculos del self con los demás y con el entorno, sus planteamientos teóricos en muchos sentidos representan una “no confesa psicología de dos personas” (Modell, 1984, p. 113) cuyos elementos relacionales han sido explicitados por muchos de quienes han sido influenciados por su obra.

La psicología del self supone que una de las motivaciones más relevantes del organismo a lo largo de todo el ciclo vital es el establecimiento, mantenimiento y desarrollo del self (Bacal, 1990; Giannoni, 2004; Kutter, 2001; Wolf, 1988). Según Kohut (1977), el niño no nace con un self definido que cuenta con límites psicológicos y afectivos claros; sin embargo, su entorno humano lo trata desde un comienzo como si lo tuviera (o fuese), debido a lo cual Kohut habló de la existencia de un “self virtual” que se basa en el hecho de que los cuidadores, en el caso óptimo, se relacionan con el infante como totalidad e individualidad. En este contexto, la “atención y el cuidado empático proveen al infante, por así decirlo, de un espejo en el cual gradualmente puede llegar a reconocerse y experimentarse como una entidad total, un self” (Jacoby, 1985, p. 66). En otras palabras, los cuidadores tempranos cumplen determinadas funciones vinculares fundamentales para la conformación del self del niño en el seno de las relaciones existentes.

En la psicología psicoanalítica del self, tales funciones –que el infante aún no puede llevar a cabo por sí mismo– son denominadas *funciones selfobjetales*, un concepto que representa una de las contribuciones más importantes realizadas por Kohut. En breve, un “objeto es un selfobjeto cuando es experimentado intrapsíquicamente como cumpliendo funciones en una relación que despiertan, sostienen o influyen de modo positivo el sentimiento del self” (Bacal, 1990, p. 279); en el sentido estricto, tal como indica Wolf (1988), un selfobjeto no es ni self ni objeto, sino el aspecto subjetivo de una función que es ejercida por medio de una relación. Así, el self del niño emerge a partir de su sumergimiento inicial en una matriz relacional selfobjetal que no sólo determina el surgimiento original, sino también la posterior posibilidad de mantener la continuidad de la cohesión y vitalidad del self –es decir, las funciones selfobjetales constituyen los organizadores psíquicos principales en el transcurso del desarrollo de la personalidad (Diamond & Marrone, 2003; Wolf, 1989). Kohut (1977) equiparó, en este sentido, la dependencia emocional del ser humano respecto de sus selfobjetos con la dependencia biológica del organismo respecto del oxígeno.

Desde el nacimiento en adelante, el infante expresa una variedad de necesidades selfobjetales en el vínculo con sus cuidadores. Kohut describió en un comienzo dos de estas necesidades, a saber, la necesidad de espejeamiento [mirroring] y la necesidad de sentirse unido con un otro idealizado, agregando en sus estudios ulteriores la necesidad de experimentar afinidad e igualdad con un otro que es percibido como similar a uno mismo (Bacal, 1990; Hartmann, 1995; Kohut, 1971, 1977, 1984; Riera, 2002; Wolf, 1988). Riera (2002) precisa que en especial la función selfobjetal especular está ligada a la circunstancia de que los cuidadores tempranos reflejen al niño sus estados afectivos de modo apropiado. Algunos seguidores de Kohut han sumado descripciones de funciones selfobjetales adicionales, incluyendo particularmente la regulación afectiva (en la cual nos detendremos más adelante con mayor detalle), la capacidad de generar respuestas en otros significativos y

la oposición benevolente de un otro (Bacal, 1990; Hartmann, 1995; Riera, 2002; Wolf, 1988).

La cristalización de la estructura psíquica que constituye el self infantil se produce a través de dos procesos relacionales básicos que se complementan y que transcurren entre el niño y sus figuras de apego: *frustración óptima* e *internalización transmutadora*. Inevitablemente, las necesidades selfobjetales del niño se verán en alguna medida frustradas debido a la imposibilidad de que los cuidadores tempranos sean empáticos con los estados subjetivos del infante de modo continuado y exacto y respondan en consecuencia. Kohut (1977, 1984) denomina frustraciones óptimas a las frustraciones sufridas por el niño que, en vez de resultar traumáticas, contribuyen a la construcción de estructura psíquica y con ello a la conformación del self en cuanto los efectos emocionales de las fallas empáticas parentales que implican se mantienen dentro de un rango tolerable por el infante y son activamente reparadas por los cuidadores.

Así, “la frustración óptima por parte de los selfobjetos es considerada esencial para el crecimiento y desarrollo del self [...]” (Bacal, 1998b, p. 9), en especial porque posibilita los procesos de internalización transmutadora por medio de los cuales el niño internaliza un conjunto de funciones selfobjetales ejercidas por el entorno y aprende de manera gradual a llevarlas a cabo por sí mismo. Por ejemplo, a través de la internalización transmutadora el entonamiento empático de los padres respecto de las necesidades del organismo del infante se transforma en la creciente capacidad personal de introspección y reconocimiento de los propios estados afectivos (Riera, 2002). Sin embargo, Kohut enfatizó que el individuo nunca deja de necesitar selfobjetos que cumplan ciertas funciones que facilitan la mantención de la cohesión del self, aunque en las diferentes etapas del ciclo vital sus necesidades se manifiestan de formas diversas.

Afectividad y desarrollo del self

Los afectos contribuyen al desarrollo de la personalidad total (Kutter, 2001). Desde esta perspectiva fundamental, después de Kohut y en alguna medida continuando su trabajo, Stolorow y sus colaboradores (1987, 2002) han subrayado con mayor especificidad el papel central de la afectividad en términos de la organización del self. Para ellos, los “afectos pueden ser entendidos como organizadores de la experiencia del self a lo largo de todo el desarrollo, siempre y cuando encuentren la necesaria benevolencia, aceptación, diferenciación, síntesis y reacción de sostenimiento por parte de los cuidadores” (1987, p. 94). Deslindan la noción del selfobjeto articulada por Kohut al especificar que la función primordial de las experiencias selfobjetales está vinculada con la integración de afectos en la emergente organización del self y que la necesidad humana de este tipo de experiencias corresponde, en esencia, a la necesidad de reacciones empáticas, entonadas y afirmativas respecto de los propios estados afectivos en el transcurso de todo el ciclo vital (Buirski & Haglund, 2001; Geissler, 2002; Stolorow, 2002a; Stolorow & Atwood, 1992a; Stolorow et al., 1987, 2002). Dicho de otra manera, en términos generales la experiencia afectiva se

diferencia de modo progresivo por medio de la responsividad entonada de las figuras de apego respecto de los estados y las necesidades emocionales del infante.

Desde esta perspectiva, Stolorow y sus colegas (2002) piensan que la necesidad selfobjetal de espejamiento descrita por Kohut guarda relación con un entonamiento afirmativo de los cuidadores respecto de los estados emocionales expansivos que el niño experimenta, permitiéndole integrarlos a su experiencia de sí mismo. La necesidad selfobjetal de idealización, por su parte, corresponde para ellos a la importancia del sostén y la contención emocional que entregan las figuras de apego, facilitando la integración de estados afectivos dolorosos que surgen como reacciones frente a frustraciones sufridas en los vínculos tempranos. Es en este sentido que Greenberg y Paivio (1997) aseveran que un “aspecto crucial del desarrollo humano [...] tiene que ver con fomentar la integración de las emociones y de las experiencias afectivas básicas de la persona dentro de las organizaciones existentes de su experiencia” (p. 17).

Milch (1995), otro continuador de la obra de Kohut, considera que una de las condiciones más relevantes que tiene que estar al menos parcialmente dada para que la integración afectiva se produzca sin mayores dificultades, ampliando progresivamente el rango experiencial del self, es la adquisición de una representación firme de la confiabilidad de las propias experiencias subjetivas. El origen de esta confiabilidad se encuentra en el entonamiento emocional empático de los cuidadores respecto de la gran variedad de percepciones y reacciones afectivas del niño, que es una de las funciones selfobjetales primordiales que promueve el desarrollo del self. Mientras más amplio sea el rango de las experiencias emocionales con el cual las figuras de apego entonan y empalizan, más extenso será el rango de respuestas afectivas propias en las que el niño aprenderá a confiar. La integración de los estados afectivos del niño en la organización del self facilitada por las funciones selfobjetales ejercidas por los cuidadores es, a su vez, un proceso fundamental en términos del desarrollo de la capacidad de auto-tranquilización emocional.

Más allá de la psicología del self, en la actualidad un gran número de teóricos e investigadores ha estudiado y enfatizado la relevancia fundamental de la dimensión afectiva de la experiencia desde el punto de vista del desarrollo del self (Aron, 1998a; Beebe & Lachmann, 1994, 2002; Buirski & Haglund, 2001; Fonagy et al., 2002; Fosha, 2001; Geissler, 2002; Schore, 1994, 2001a, 2002; Stern, 1985; Stolorow, 2002a; Stolorow et al., 1987, 2002). Varias décadas atrás, la teoría del apego de Bowlby mostró empíricamente que el self infantil emerge a partir del lazo emocional con la figura primaria de apego (Fonagy et al., 2002). Hace más de veinte años, Stern (1985) incluyó la afectividad entre los tipos básicos de experiencia a los que el infante tiene acceso inmediato desde el comienzo de la vida y que son cruciales para dar forma concreta a la organización del naciente sentido del self. Supone que a la edad de dos meses, el niño ya ha tenido innumerables experiencias con muchos de los afectos discretos, cuyos aspectos invariantes (retroalimentación propioceptiva de patrones orgánicos de expresión facial, respiración y vocalización, sensaciones relativamente pautadas de activación, y cualidades afectivas específicas a cada emoción) se convierten en una invariante de orden superior –es decir, en un conjunto de procesos que

proporcionan un cierto grado de estabilidad y continuidad— perteneciente al self.

Sjödín (1998), por su parte, menciona una serie de aspectos no-verbales del comportamiento (voz, movimiento, etc.) que están ligados a la comunicación afectiva y declara que la “experiencia que el niño tiene del latido del pulso de su madre y de su voz forman una de las primeras impresiones sensoriales que estructurará el self” (p. 36). Añade que los afectos contribuyen a establecer la cohesión del self al conectar cuerpo y mente, mundo interior y mundo exterior y pasado y presente. Beebe y Lachmann (1994, 2002), por otro lado, consideran que los momentos de elevación afectiva marcada que atraviesa el niño en el contexto de sus relaciones de apego, y durante los cuales experimenta una intensa transformación de su propio estado orgánico, constituyen una modalidad esencial de internalización que organiza tanto las representaciones psíquicas del self y del otro como las expectativas que se refieren a las interacciones vinculares.

De modo muy general, Maroda (1999a) asevera que los niños son muy dependientes de las respuestas afectivas entonadas de sus cuidadores y que, en ausencia de la cantidad crítica de estas respuestas, el logro evolutivo de una organización psíquica coherente en el sentido amplio del concepto y la aparición de la capacidad de contener y expresar las propias vivencias emocionales se ven dificultados. Beebe y Lachmann (1994, 2002) opinan, más allá, que la dimensión afectiva es un elemento esencial de las diversas modalidades más relevantes de internalización que dominan en el transcurso de la infancia. Para ellos, las representaciones psíquicas iniciales que surgen a partir de los procesos de internalización en los escenarios relacionales tempranos representan, en efecto, las interacciones dinámicas mismas que se producen entre el niño y los cuidadores. Agregan que estos procesos constituyentes del psiquismo organizan principalmente los afectos del niño, dando lugar en un comienzo a representaciones pre-simbólicas que están codificadas en términos implícitos y no-verbales (véase más adelante) y que de modo gradual, aunque no en su totalidad, se transforman en representaciones simbólicas y verbales. De esta manera, la organización psicológica en su totalidad tiene sus orígenes en los intercambios afectivos propios de los primeros años de vida.

Algunos procesos afectivos relacionales involucrados en el desarrollo del self

De acuerdo a Dio Bleichmar (2005), la relación del niño con su madre es una matriz extrauterina que crea el universo psíquico del ser humano. En efecto, infante y adulto “son participantes en un sistema de comunicación afectiva” (Tronick, 1989, p. 112) y, en este sentido, el “desarrollo emocional de un niño está profundamente influenciado por el tono afectivo de sus vínculos tempranos” (Haft & Slade, 1989, p. 158). En este contexto, Stolorow y sus colegas (1987) describen cuatro procesos vinculares básicos relacionados con la dimensión afectiva de la experiencia que están involucrados en el desarrollo inicial del self. Este conjunto de procesos complementarios que transcurren en el seno del diálogo entre el

infante y sus cuidadores es de importancia fundamental a la hora de permitirle al organismo en crecimiento incorporar de modo progresivo las diversas funciones de las emociones en el incipiente funcionamiento psicológico. Los cuatro procesos son los siguientes:

(1) Para la *diferenciación de afectos y articulación del self* es indispensable la temprana sintonización afectiva de los cuidadores y en especial de la madre respecto de los matices afectivos que experimenta el niño, en cuanto este proceso contribuye decisivamente a establecer de modo gradual la capacidad del niño para percibir su self de manera consciente. Estas reacciones diferenciadoras por parte de los cuidadores constituyen una importante función selfobjetal que delinea los primeros rudimentos de auto-definición y límites personales. El despliegue óptimo de este proceso requiere de la presencia de cuidadores que, debido a que disponen de una percepción claramente estructurada de sí mismos y de los demás, son capaces de reconocer, distinguir y responder de modo confiable a los variables estados afectivos que atraviesa el niño.

(2) La *síntesis de experiencias afectivas discrepantes* es un proceso que hace referencia a la síntesis de afectos contradictorios en la experiencia del niño y que, en este sentido, contribuye a la construcción de un sentido integrado del self. Con tal de que pueda llevarse a cabo adecuadamente, exige la presencia de cuidadores que, debido a que disponen de una percepción integrada de sí mismos, son capaces de reconocer, tolerar, comprender y eventualmente hacer comprender al niño de modo consistente que los estados afectivos intensos y contradictorios provienen y forman parte de un mismo self unitario y continuo.

(3) La *tolerancia de afectos y utilización de afectos como señales del self* es un proceso que gradualmente posibilita la modulación, gradación y contención de experiencias afectivas intensas. La modulación afectiva hace posible que el niño aprenda a utilizar los afectos como señales del self que le permiten mantener la continuidad de su experiencia de sí mismo y que facilitan la adaptación al proveer al organismo de una dirección conductual específica. El desarrollo óptimo de este proceso requiere la presencia de cuidadores capaces de diferenciar, tolerar y reaccionar de manera confiable y adecuada frente a los estados afectivos intensos y cambiantes del niño. Innumerables vivencias de comprensión, interpretación, aceptación y respuestas empáticas respecto de sus afectos ayudan al niño a registrar, articular y responder comprensivamente ante sus propios estados emocionales, internalizando la capacidad de emplear las propias reacciones afectivas como señales significativas del self que anuncian un cambio de estado más que representar una amenaza de desintegración y fragmentación de la organización de un self que aún está en vías de estabilización.

(4) Recurriendo al trabajo del psicoanalista Henry Krystal, un destacado investigador de las consecuencias de las experiencias traumáticas, Stolorow y sus colegas hacen referencia a la *desomatización y procesamiento cognitivo de afectos* como proceso que conduce desde las formas tempranas de estados afectivos en gran medida somáticos hacia vivencias afectivas que pueden ser verbalizadas. La capacidad necesaria de los cuidadores en este aspecto es la identificación correcta con los afectos del niño y la expresión verbal de estos. Esta capacidad de los cuidadores no sólo permite al niño aprender a expresar en términos verbales sus

experiencias emocionales, sino que además facilita la integración gradual de los estados afectivos en esquemas cognitivo-afectivos –estructuras psíquicas que contribuyen a la organización y consolidación del self.

Así, en términos generales, Stolorow y sus colaboradores consideran que la experiencia afectiva del niño se articula y diferencia progresivamente a través del entonamiento validante del entorno, promoviendo la cristalización y estabilización del sentido del self. Maroda (1999a) opina, de modo similar, que la capacidad del niño para nombrar y expresar claramente sus afectos –una habilidad importante del self adulto– depende de la capacidad correspondiente de sus cuidadores y que es durante la infancia que se aprende a experimentar los estados afectivos como modalidad primaria de comunicación entre personas. Piensa que la capacidad para la expresión emocional es innata, pero que la capacidad para la experiencia afectiva es algo que se despliega en el transcurso del desarrollo temprano, indicando que el self se ha ido organizando de modo más estable.

Afectividad, vínculo temprano y orígenes de la capacidad simbólica

No sólo el desarrollo del self está ligado de modo primordial a los procesos afectivos que se producen en la relación del niño con sus figuras de apego. Hace más de cuarenta años, Spitz (1965) ya había llamado la atención respecto del “hecho de que los procesos afectivos, las interacciones afectivas y las percepciones afectivas preceden a cualquier otra función que posteriormente habrá de desarrollarse sobre las bases creadas por los intercambios afectivos” (p. 44). Las investigaciones neurobiológicas de Damasio (1994) y otros han confirmado que la afectividad constituye la base y condición indispensable del desempeño adecuado de las funciones cognitivas. Algunos investigadores contemporáneos han estudiado aspectos más circunscritos del funcionamiento psíquico y han asociado sus orígenes al menos en parte a las mismas interacciones emocionales tempranas que hemos mencionado con anterioridad. Entre estos aspectos, uno de los más importantes es la capacidad de simbolización que, en el transcurso de la maduración del organismo humano, se convierte en una de las capacidades más relevantes que apuntala el desarrollo del self.

Las investigaciones de Feldman y Greenbaum (1997) han establecido una relación significativa entre las experiencias afectivas y motoras del infante y el desarrollo de la capacidad de simbolización. Feldman y Greenbaum consideran que la adquisición de la habilidad para formar representaciones simbólicas tiene su origen, en particular, en los procesos psíquicos iniciales de aprender a organizar, agrupar y ordenar de forma repetida señales comunicativas emocionales y sociales. Para ellos, el ordenamiento secuencial de los diferentes elementos expresivos que conforman el diálogo interactivo temprano en mensajes emocionales claros dentro de un contexto interpersonal debe ser entendido como proceso precursor del desarrollo del pensamiento simbólico. Desde su perspectiva, la capacidad simbólica emerge en medio de los intercambios afectivos positivos entre el niño y sus figuras de apego, en especial por medio de juegos no-verbales de imitación. Es decir, el

pensamiento abstracto es en cierto sentido inherentemente interpersonal y tiene sus orígenes en la comunicación emocional característica del primer año de vida (Oberman, 2001).

Diamond y Marrone (2003) indican que el eminente investigador de infantes Colwyn Trevarthen ya había afirmado mucho tiempo atrás que la comprensión emocional interpersonal que emerge en los intercambios del niño con sus cuidadores forma la base de la posterior construcción de significados lingüísticos y es, por lo tanto, un precursor directo del desarrollo del lenguaje. Y, de hecho, Trevarthen y Aitken (2001) destacan que las interacciones madre-hijo pueden ser consideradas, en todo el sentido del término, como proto-conversaciones. Así, puede suponerse que la capacidad para simbolizar los propios estados afectivos nace de forma intersubjetiva (Greenberg & Paivio, 1997). Recientemente, Fonagy y sus colegas (1997, 1998, 1999, 2001, 2002) han señalado en diversas ocasiones que la experiencia de afectos en el contexto de un lazo continuado y seguro de apego constituye el punto de partida del desarrollo de la habilidad psicológica esencial que denominan mentalización o función reflexiva –una función simbólica que

capacita al niño para formarse un concepto sobre las creencias, sentimientos, actitudes, deseos, esperanzas, conocimientos, imaginación, pretensiones, planes, etc., de los otros. Al mismo tiempo, debido a que confiere significado a la conducta de los otros y la hace predecible, es también capaz de ser flexible para poder activar –entre los múltiples grupos de representaciones *self-otros*– el más apropiado para un contexto interpersonal particular. La exploración del significado de las acciones de los otros, está ligada, de manera esencial, a la habilidad del niño de calificar y encontrar sentido a su propia experiencia. (2001, p. 175, cursiva del original)

Diamond y Marrone (2003) se muestran de acuerdo con Fonagy en que la forma en la que un infante es comprendido y las respuestas que recibe de parte de sus cuidadores determinan el desarrollo de la capacidad del individuo para reflexionar sobre sus propios estados emocionales.

Procesos inconscientes, convicciones emocionales y horizontes de la experiencia

Puede considerarse, al mismo tiempo, que determinados procesos no conscientes constituyen los fundamentos del self y que ciertas facetas del self son –al menos de modo temporal– inconscientes. En el marco de la comprensión del desarrollo de la personalidad, Stolorow y sus colaboradores (1992a, 1992b, 1997, 2002) han intentado reformular conceptualmente algunos aspectos relacionados con los procesos inconscientes desde una perspectiva que coloca en su centro los afectos y los contextos intersubjetivos en medio de los cuales estos se experimentan. Con la finalidad de ofrecer una alternativa teórica a las teorías psicoanalíticas topográfica y estructural tradicionales, introducen la noción de *mundos de experiencia* que definen como totalidades organizadas de experiencia personal

vivida (Stolorow et al., 2002). A diferencia del concepto clásico de estructuras intrapsíquicas relativamente fijas, su concepción de mundos subjetivos con horizontes limitantes está ligada al entendimiento de estos mundos experienciales como propiedades emergentes de sistemas relacionales dinámicos. Así, como veremos en esta sección, su idea de la frontera entre aquello que es consciente y aquello que es inconsciente es, en esencia, relacional.

Stolorow y sus colaboradores (1992a, 1992b, 1997, 2002) estiman necesario diferenciar entre tres tipos de procesos inconscientes, de los cuales la noción tradicional del inconsciente dinámico sólo engloba un único tipo. Redefinen el *inconsciente dinámico* al afirmar que este no consiste de derivados pulsionales reprimidos, sino de “estados afectivos que han sido defensivamente separados porque no pudieron suscitar una responsividad entonada sino sólo respuestas desentonadas de parte del ambiente temprano. Esta separación defensiva de estados afectivos centrales [...] intenta proteger contra la re-traumatización [...]” (Stolorow & Atwood, 1992b, p. 368) de un renovado desentonamiento. En otras palabras, los procesos inconscientes dinámicos guardan relación con experiencias emocionales esenciales que no fueron articuladas porque fueron percibidas como amenaza. El inconsciente dinámico contiene información emocional que alguna vez fue consciente pero que tuvo que ser aislada o reprimida porque mantenerla cerca de la consciencia representaba una amenaza a los necesitados lazos de apego. Más allá, Stolorow y Atwood (1992b) precisan que los fenómenos ligados al inconsciente dinámico derivan específicamente del ámbito de intercambios intersubjetivos que Stern (1985) denomina interafectividad.

En segundo lugar, Stolorow y sus colaboradores plantean la existencia de un *inconsciente no validado*. Incluyen en esta categoría de procesos inconscientes todas aquellas experiencias y aspectos de la vida subjetiva que no pudieron ser articulados porque nunca evocaron la responsividad validante del entorno que es un requisito para que las vivencias del infante sean integradas a la organización del self. De este modo, el origen del inconsciente no validado no debe buscarse en la presencia de conflictos psicodinámicos y sus consecuencias, sino en la falla de determinadas funciones selfobjetales ejercidas por los cuidadores del niño. Por último, influenciados por la reciente incorporación de algunas ideas provenientes de las ciencias cognitivas en las conceptualizaciones psicoanalíticas, Orange y sus colegas (1997) describen un *inconsciente pre-reflexivo* que

es la sede de aquellos principios organizadores o convicciones emocionales que operan de manera automática y fuera de la consciencia. Adoptan la forma de las conclusiones emocionales que el niño saca a partir de sus experiencias intersubjetivas en su familia de origen. (p. 16)

Pre-reflexivo significa que se trata de aspectos de la subjetividad que nunca han estado accesibles a la consciencia y que son sólo parcialmente verbalizables o comprensibles a través del lenguaje verbal. En la actualidad, muchos investigadores hacen referencia a esta categoría de aspectos de la realidad subjetiva como conocimiento procedural o implícito,

conocimiento que no está codificado en términos verbales y cognitivos –un “saber cómo” más que un “saber que”³. Orange y sus colegas (1997) especifican que los principios organizadores o convicciones emocionales mencionadas corresponden a las conclusiones emocionales que el individuo ha sacado a partir de sus experiencias vitales con el entorno humano en el cual vive inserto en general y con sus cuidadores tempranos en particular. Estas convicciones emocionales surgen en medio de los intentos del niño por organizar un sentido del self y de modo inevitable están marcadas por las características específicas que definen la forma de vinculación existente entre él o ella y sus figuras primarias de apego. Durante toda su vida, la existencia de estos principios organizadores determina y tematiza la forma en la que el individuo estructura sus experiencias relacionales y sus reacciones afectivas y, por lo tanto, determina en gran medida su sentimiento de sí mismo.

Desde un punto de vista somático, el investigador de infantes y psicoterapeuta corporal George Downing (1996, 2006) ha descrito de manera paralela a las ideas formuladas por el grupo de Stolorow ciertos elementos fundamentales en la constitución del self que llama esquemas afectivo-motores. Estos esquemas se forman en el transcurso de la interacción emocional temprana y contienen determinados movimientos y gestos corporales que a menudo están acompañados de una cierta coloración afectiva (p. ej., movimientos de auto-afirmación muchas veces traen consigo estados afectivos de agresión), debido a lo cual Downing (2006) también los denomina micro-prácticas corporales. El desarrollo de estos esquemas afectivo-motores implica no sólo un gradual afinamiento de los patrones de movimiento, sino también el aprendizaje de la capacidad de utilizar relacionamente los afectos como señales interpersonales.

Quizás de mayor importancia es que Downing entiende estos esquemas como convicciones motoras –esto es, “como expectativas respecto del entorno que se constituyen por experiencias repetidas debidas a procesos de aprendizaje y que son traídas a la interacción interpersonal” (Geissler, 2001a, p. 141) junto a sus tonalidades emocionales acompañantes. Al igual que los principios organizadores mencionados por Stolorow y sus colegas, las convicciones motoras conceptualizadas por Downing determinan las experiencias vinculares del individuo desde su primera adquisición en adelante. Conforman una especie de “conocimiento de acción” que no involucra una elaboración cognitiva y verbal –es de carácter procedural e implícito– y que está compuesto por hábitos afectivo-motores automatizados y en gran parte inconscientes (Downing, 2006; Geissler, 2001a, 2001b; Wehowsky, 2006).

Los tres tipos de procesos inconscientes que hemos delineado derivan de las vicisitudes de los afectos del niño al interior de los vínculos tempranos que lo sostienen y contienen. Stolorow y sus colegas (1992a, 1992b, 1997, 2002) piensan que, así como el inconsciente se constituye en contextos intersubjetivos concretos, también se mantiene en contextos intersubjetivos específicos. En consecuencia, el límite entre lo consciente y lo inconsciente –los horizontes de la experiencia personal demarcados por las convicciones emocionales y motoras– es a su vez el resultado de los complejos procesos dinámicos que se producen en aquellos sistemas relacionales en los cuales el individuo está inserto en un

momento o en una etapa evolutiva dada. Dicho de otra forma, “el límite entre lo consciente y lo inconsciente se revela como límite fluido y siempre cambiante, producto de la responsividad cambiante del entorno respecto de diferentes regiones de la experiencia [...]” (Stolorow & Atwood, 1992b, p. 369). Estas ideas tienen una serie de implicancias significativas para la comprensión de la psicopatología y para la práctica psicoterapéutica.

Afecto, comunicación temprana y apego

Dos últimos aspectos fundamentales inseparables entre sí e íntimamente vinculados con el desarrollo del self son la comunicación temprana y el apego. Puede considerarse, como ejemplo de esta vinculación, que las características dadas de la comunicación afectiva predicen la cualidad del apego (Grienenberger & Slade, 2002). La investigación contemporánea de infantes ha dejado en claro que el logro de un lazo de apego de comunicación emocional y la maduración afectiva que tal lazo posibilita son los acontecimientos centrales del desarrollo infantil, siendo entendidos como relativamente más importantes que el desarrollo cognitivo complejo (Schoore, 2005a).

Desde esta perspectiva, las características específicas que los afectos y el apego adoptan en los primeros vínculos parecieran representar las bases del desarrollo posterior de otras facetas del self. En efecto, la “organización temprana del apego puede influenciar resultados futuros a través del efecto mediador de ciertas características básicas del funcionamiento afectivo del niño” (Kochanska, 2001, p. 488), dando cuenta de muchas diferencias individuales posteriores en variadas competencias personales. Orbach (2004a) señala, en este sentido, que la relación emocional original es el “alimento psíquico” que sustenta el surgimiento y la diferenciación del self infantil. Tal como indican Hartmann (1995) y Milch (1995), la psicología psicoanalítica del self concuerda con la teoría del apego respecto de que el self se desarrolla en la infancia a partir de los intercambios afectivos del niño con sus figuras de apego.

Aparte de las conocidas contribuciones de Bowlby, Spitz (1965) fue uno de los primeros teóricos en enfatizar la relevancia de los procesos de comunicación afectiva que transcurren entre el niño y sus cuidadores. Adelantándose a su época, Spitz comenzó a formular una conceptualización sistémica de la díada madre-hijo que subraya el carácter circular y recíproco de los intercambios comunicativos. Piensa que las interacciones emocionales mencionadas son continuas, muchas veces sin que los cuidadores sean conscientes de ellas, y que ejercen una especie de presión constante pero imperceptible que da forma a la incipiente personalidad infantil. Este moldeado intangible es determinado en gran medida por el clima afectivo creado por la madre, haciendo posible la emergencia de las funciones psicológicas más importantes:

Las señales afectivas que el niño ha recibido por parte de la madre, su calidad, su constancia, la certidumbre y la estabilidad que esas señales ofrecen al niño, aseguran su normal desarrollo psíquico. Estas señales afectivas que le da la madre están determinadas por su

actitud afectiva inconsciente; es decir, que su comportamiento se manifestará bajo ciertas formas sin que ella lo advierta necesariamente. (p. 78)

Spitz (1965) supone que la presencia de una actitud afectiva de ternura por parte de la madre le permite proveer al niño de una extensa gama de experiencias vitales, una gama que tiene un papel primordial en el aprendizaje temprano del infante en los distintos ámbitos que componen su emergente mundo subjetivo. Más allá, el trabajo de Spitz muestra que algunos de los cambios más significativos de la organización psíquica infantil están ligados a la aparición de ciertas formas de expresión afectiva que tienen consecuencias interpersonales de gran envergadura –las mencionadas por Spitz son, en particular, la sonrisa social y la ansiedad frente a extraños (Fonagy, 2001; Tronick, 2002). En este sentido, tales expresiones de afecto que, entre otras cosas, contribuyen a estructurar la vida social del niño pueden ser visualizadas como organizadores psicológicos primarios y, con ello, determinantes cardinales del desarrollo del self.

La existencia de un continuado proceso de intercambios afectivos no-verbales a menudo muy sutiles entre el infante y sus cuidadores y la realidad del impacto de este proceso en el desarrollo del self infantil son, en la actualidad, hechos incuestionados entre los investigadores de infantes. Explicitando los elementos básicos inherentes a este proceso, Lichtenberg y sus colegas (2002, 2003) aseveran que la contribución de la madre a estas interacciones emocionales está compuesta por al menos tres modalidades de comunicación: (1) la coordinación de la mirada y el contacto visual, (2) el reconocimiento del afecto y el gesto del niño como señales que refieren a un cambio de su estado afectivo y sus necesidades, y (3) el significado simbólico del interjuego inmediato expresado en palabras que hacen referencia a afectos y el significado simbólico más profundo de la vinculación, que durante un importante período de tiempo no le está disponible al infante. La contribución del niño, por otro lado, incluye especialmente su afecto, sus gestos y el proceso de comunicación cara-a-cara, la coordinación del contacto visual y los movimientos corporales y, además, un creciente sentido de agencia e iniciativa que le permite buscar de modo activo señales afectivas que lo guíen y responder a estas.

En el contexto del diálogo afectivo temprano, el estudio fundamental de Stern (1985) distinguió un fenómeno relacional de crucial importancia en el desarrollo óptimo del self. Stern lo llama *entonamiento afectivo*, un proceso vincular análogo a la empatía adulta⁴, y considera que

para que haya un intercambio intersubjetivo acerca de los afectos, la imitación estricta, por sí sola, no basta. En realidad, tienen que producirse varios procesos. Primero, el progenitor tiene que poder leer el estado afectivo del infante en su conducta abierta. Segundo, el progenitor debe poner en ejecución alguna conducta que no sea una imitación estricta, pero que sin embargo corresponda de algún modo a la conducta abierta del bebé. Tercero, el infante debe poder leer esa respuesta parental correspondiente como teniendo que ver con su propia experiencia emocional original, y no como mera imitación. [...] De modo que el entonamiento de los afectos consiste en la ejecución de conductas que expresan el carácter

del sentimiento de un estado afectivo compartido, sin imitar la expresión conductual exacta del estado interior. (pp. 173-177)

Lecannelier (2006) puntualiza que el entonamiento afectivo es el modo por medio del cual el cuidador hace saber al infante que está comprendiendo los procesos mentales de este, convirtiendo los estados psíquicos y afectivos infantiles en estados comunicables y regulables. En este contexto, para que un estado emocional pueda efectivamente ser transmitido de una persona a otra, es necesario que se cumplan las tres condiciones descritas por Stern.

Según Haft y Slade (1989), en el entonamiento afectivo el infante comienza a estructurar sus propios afectos a través del prisma del mundo interno de su cuidador primario. La figura de apego le transmite cómo se siente respecto de diferentes tipos de experiencias emocionales al involucrarse con algunos de ellos y no con otros –deja al infante “saber lo que se puede compartir entre ellos y lo que no” (p. 169). Así, el entonamiento afectivo implica no sólo reflejar el estado emocional del infante, sino también su devolución elaborada por parte del adulto como algo que es tolerable, manejable e integrable en términos de las capacidades orgánicas, psicológicas y emocionales del infante (Dio Bleichmar, 2005; Fonagy et al., 2002; Fonagy & Target, 1998; Köhler, 1998; Lyons-Ruth, 1999). Fonagy y sus colegas (1997, 2002) denominan a estas respuestas afectivas del cuidador que corresponden al afecto del niño pero que han sido elaboradas para no sobrepasarlo *expresiones emocionales marcadas*. Dio Bleichmar (2005) explica que “la madre está ayudando a crear algo que implica cambiar al otro, proporcionándole algo que antes no tenía o consolidándolo si ya estaba presente” (p. 72), siendo el entonamiento afectivo una forma especial de empatía maternal y disponibilidad emocional (Haft & Slade, 1989). Beebe y sus colaboradores (2003, 2005) agregan que algunas de las funciones principales del entonamiento afectivo son la participación interpersonal y la mantención de la conexión emocional entre el niño y sus figuras de apego.

El entonamiento afectivo puede ser conceptualizado como respuesta no-verbal espontánea y relativamente inconsciente de los cuidadores respecto de las emociones expresadas por el niño y, por lo tanto, en gran medida forma parte del procesamiento procedural implícito de la información entregada por las claves emocionales expresivas (Beebe et al., 2003, 2005; Dio Bleichmar, 2005; Lyons-Ruth, 1999; Schore, 2001a). Maroda (1999a) y Diamond y Marrone (2003) piensan que las respuestas afectivas entonadas de los cuidadores estimulan al niño a comunicar sus propias reacciones frente a las respuestas que recibe, fomentando la reciprocidad. En estos intercambios, el niño accede directamente a la comunicación afectiva del adulto y el adulto, por su lado, está en contacto inmediato con los estados emocionales del niño. Así, ambos comparten sus estados afectivos en lo que Stern (1985) denomina *interafectividad*, “la cual está basada en un necesario entonamiento afectivo mutuo” (Jacoby, 1999, p. 75). Esta continua secuencia comunicativa recíproca es uno de los primeros procesos vinculares que le permite al infante comenzar a hacerse consciente de sus afectos, a expresarlos, a manejarlos y, asimismo, a reconocer los afectos

que provoca en quienes lo rodean.

Las interacciones emocionalmente sincronizadas que constituyen el entonamiento afectivo son entendidas como condición indispensable para la conformación de un self vital y cohesionado (Fosha & Slowiaczek, 1997; Milch, 1995; Schore, 2000, 2001a; Stern, 1985). No obstante, tal como señala Fosha (2002) resumiendo un conjunto amplio de hallazgos de la investigación de infantes, las díadas tempranas que ponen de manifiesto un funcionamiento óptimo con consecuencias evolutivas favorables para el niño no se caracterizan por la presencia de períodos más extensos de entonamiento afectivo, sino más bien por la efectividad de sus esfuerzos por reparar los inevitables episodios de desentonamiento. En este sentido, puede asumirse que la mantención del flujo de la comunicación emocional incluye tres procesos relacionales distintos: entonamiento afectivo o coordinación de estados afectivos, interrupción o falla de la coordinación de estados afectivos, y reparación o restablecimiento de la coordinación de estados afectivos.

Las díadas exitosas son capaces de “metabolizar colaborativamente los afectos negativos asociados a la interrupción de la coordinación y de recobrar la coordinación mutua y los afectos positivos que la acompañan [...]” (Fosha, 2002, p. 14) en la experiencia de ambos participantes. En ellas, las interrupciones tienden a ser de corta duración y se convierten en una motivación fuerte que impulsa y encauza los esfuerzos reparativos. Es decir, tales díadas minimizan el tiempo que el niño pasa en estados emocionales disruptivos y maximizan, a la vez, el tiempo que pasa en estados afectivos positivos. Esto no se logra mediante la negación o evitación de las emociones negativas, sino más bien a través del procesamiento diádico reparador de los estados emocionales disruptivos. Según Schore (2001a), la posibilidad de experimentar afectos positivos después de haber vivenciado estados afectivos negativos, tal como ocurre típicamente en el proceso de interrupción-reparación que hemos descrito, es fundamental porque le enseña al niño de modo no-verbal e implícito que las emociones negativas pueden ser toleradas y transformadas en el marco de relaciones entonadas.

Una característica central de las interacciones diádicas óptimas es que la variedad de los estados emocionales del infante es recibida en general por una actitud basal de apertura, responsividad y disposición a ayudar por parte de los cuidadores (Fosha, 2002; Haft & Slade, 1989; Lyons-Ruth, 1999). En otras palabras, los afectos experimentados y expresados por el niño no perturban la continuidad del lazo afectivo con el cuidador, sino que tienen el potencial de profundizarlo y enriquecerlo. Lyons-Ruth (1999) piensa, desde este punto de vista, que la actitud deseable por parte de las figuras tempranas de apego involucra un intento continuado de aprehender la realidad subjetiva del niño y de comunicarse “abiertamente” –esto es, se requiere la apertura de los padres “respecto del estado mental del niño, incluyendo el rango completo de sus comunicaciones, de manera que determinados estados afectivos o motivacionales del niño [...] no estén excluidos del compartir intersubjetivo y la regulación” (p. 318). Sus investigaciones apoyan la idea de que las relaciones de apego que (1) están abiertas a la variedad entera de los intentos comunicativos afectivos del infante, (2) que además incluyen las iniciativas de ambos participantes en un diálogo balanceado y (3) que se caracterizan por la negociación y reparación activa de

episodios de conflicto y desentonamiento, están asociadas a resultados positivos en el desarrollo del self infantil. Investigaciones anteriores han puesto al descubierto que, en efecto, las madres con apego seguro tienden a ser capaces de entonar con un amplio rango de los afectos del infante, rara vez desentonan de manera negativa y, por lo común, son capaces de ser relativamente objetivas en el reconocimiento de los estados psicobiológicos del niño (Haft & Slade, 1989). Estudios más recientes muestran que la sensibilidad y responsividad materna predice el desarrollo de un estilo abierto de expresión emocional por parte del niño (Schachner et al., 2005).

Por otro lado, el hecho de que el entonamiento afectivo involucra en gran medida la subjetividad del cuidador también puede tener consecuencias menos constructivas para el niño. “Al acentuar ciertos aspectos de la experiencia del infante por sobre otros, [los] desentonamientos transmiten información profundamente importante acerca del mundo interno de su madre [...]” (Haft & Slade, 1989, p. 169). Cuando el cuidador entona de modo selectivo con determinadas emociones del niño, este aprende que tales estados emocionales tienen un estatus especial para la figura de apego y que recrearlos “es una de las pocas formas de las que el infante dispone para lograr la unión intersubjetiva con su madre” (p. 169). Esta variante del proceso de desarrollo temprano a raíz del entonamiento afectivo puede constituir el punto de partida de la aparición de lo que Winnicott (1960) denominaba el falso self y de lo que Reich llamaba la máscara social. Cuando esta estructuración del self en el vínculo temprano de apego sobrepasa una cierta envergadura, pueden detectarse los inicios de una variedad de condiciones psicopatológicas.

Schore (2000) señala que los procesos comunicativos recíprocos que hemos pormenorizado en esta sección representan la dinámica relacional del apego temprano. Para Schore, las transacciones cara-a-cara de sincronía afectiva o entonamiento pueden equipararse con las experiencias de apego respecto de los cuidadores que el infante requiere para asegurar su supervivencia física y emocional y para desarrollar un sentido cohesivo del self, una opinión compartida por Beebe y sus colegas (2003, 2005). Desde la perspectiva de la teoría del apego, Holmes (1994) aclara que la modulación del afecto infantil que las respuestas entonadas de la madre introducen en el primer vínculo es un precursor esencial del apego seguro y Crittenden (1994) agrega que los infantes con un apego seguro han aprendido a través de las interacciones con la figura de apego a utilizar el valor predictivo y comunicativo de las señales expresivas interpersonales, siendo posteriormente capaces de atribuir significados personales a sus afectos. Fosha (2002) también considera que el apego seguro surge a raíz de la coordinación diádica de estados afectivos en el vínculo entre madre e hijo y, asimismo, puede considerarse que un estilo seguro de apego se basa en la comunicación “abierta” a la que hicimos alusión con anterioridad (Lyons-Ruth, 1999).

Conocimiento relacional implícito

Las experiencias vinculares tempranas del niño cristalizan en lo que muchos investigadores

contemporáneos de infantes denominan *conocimiento relacional implícito* (Beebe & Lachmann, 2002; Fogel, 2004; Fosshage, 2005a; Lyons-Ruth, 1998, 1999, 2000; Stern et al., 1998; Tronick, 1998, 2003; Tyson, 2005). Lyons-Ruth (1998) lo define de la siguiente manera:

Las representaciones procedurales son representaciones basadas en reglas de cómo proceder, de cómo hacer cosas. Tales procedimientos pueden nunca ser codificados en forma simbólica, como por ejemplo el conocimiento de cómo andar en bicicleta. Sin embargo, más importante para nosotros que andar en bicicleta es el dominio de saber hacer cosas con otros. Gran parte de este tipo de conocimiento también es procedural, tal como saber divertirse, expresar afecto o conseguir atención durante la infancia. A este conocimiento procedural de cómo hacer cosas con otros lo hemos llamado “conocimiento relacional implícito”. (p. 284)

Daniel Stern (2004) puntualiza que las primeras nociones del conocimiento implícito lo equiparaban con procedimientos físicos o con una inteligencia sensoriomotriz y que se consideraba que predominaba en las fases evolutivas más tempranas para ser en gran medida reemplazado o traspuesto a la categoría del conocimiento simbólico verbal. Sin embargo, actualmente ha quedado al descubierto que el conocimiento implícito no se limita a procedimientos motores, sino que incluye “procedimientos motores, patrones afectivos, expectativas e incluso patrones de pensamiento” (p. 242). Se trata de un dominio del conocimiento y las representaciones que es en esencia no-verbal, no simbolizado y no consciente. El conocimiento relacional implícito organiza el foco atencional y guía los procesos de inferir las intenciones de un otro con el cual se interactúa y la realización de las propias acciones. Asimismo, regula el involucramiento en un intercambio interactivo y genera significados (BCPSG, 2002).

El conocimiento relacional implícito es en su mayor parte de naturaleza afectiva e interactiva y, más allá, se construye en gran medida fuera del ámbito verbal, incluyendo especialmente la diferenciación de procedimientos de interacción que incorporan un determinado rango de claves afectivas expresivas. En alguna medida, corresponde a una integración de las micro-interacciones recurrentes de la diada temprana (Tronick, 2003). Guarda relación, en particular, con los afectos que pueden o que no pueden ser exhibidos a los demás y con las reacciones sociales y emocionales que el individuo suscita en quienes lo rodean. Tyson (2005) recapitula que la forma característica del infante de percibir, sentir y actuar en respuesta a estímulos emocionales se organiza, en primera instancia, en términos procedurales implícitos. El conocimiento procedural implícito, que es de carácter pre-reflexivo y habitualmente inconsciente tanto en la infancia como en la adultez, es un elemento fundamental del self que contribuye a estructurar las relaciones interpersonales que el individuo establece durante toda su vida. En este sentido, juega un papel primordial en muchos acercamientos relacionales al trabajo psicoterapéutico que prestan atención a la comunicación no-verbal en cuanto representa una vía de cambio alternativa a la comprensión verbal de la propia forma de funcionamiento psíquico e interpersonal.

En resumen, el desarrollo óptimo del self requiere de la presencia continuada de

cuidadores “suficientemente buenos” que sean capaces de responder de modo entonado a las necesidades emocionales del infante y que estén dispuestos a intervenir cuando el niño se ve sobrepasado por la intensidad de su estado emocional para procesar el afecto presente hasta que el niño, con el tiempo, aprenda a hacerlo por sí mismo (Fosha & Slowiaczek, 1997). El desarrollo óptimo del self en la matriz relacional que lo contiene desemboca en el establecimiento de la capacidad de establecer relaciones interpersonales profundas y duraderas, en la cristalización de conocimiento relacional implícito coherente, flexible y abierto a la integración de nuevas experiencias vinculares, y en la existencia de un sentido del self como agente activo e integrador. Este complejo entramado de procesos evolutivos posibilita al naciente individuo manejar y expresar sus afectos de manera saludable en las posteriores etapas del ciclo vital. Walden y Smith (1997) piensan, desde este punto de vista, que el apego seguro se basa en una historia de disponibilidad afectiva del cuidador primario y en las respuestas confiables de este respecto de las expresiones afectivas positivas y negativas del infante.

La afectividad como núcleo del self

Frente al trasfondo de las concepciones relacionales del desarrollo del self que hemos examinado a lo largo de este trabajo, diversos investigadores han establecido que la afectividad debe ser visualizada como el núcleo constituyente del self que organiza la experiencia subjetiva del individuo. En el campo de las neurociencias, Damasio (1994, 2000) argumentó que la identidad personal se construye a partir de y está anclada en una representación basal continua y no consciente del estado afectivo del cuerpo. Así, la interrupción de los sentimientos de fondo descritos por Damasio resultaría en un quiebre del núcleo de la representación del self. Para este teórico neurobiológico, “la consciencia empieza como sentimiento de lo que sucede al oír, ver o tocar. [...] En el contexto apropiado, el sentimiento identifica las imágenes [psíquicas] como nuestras y nos permite decir, en sentido propio, que oímos, vemos o tocamos” (2000, p. 43). Panksepp (1998, 2001) asevera, de modo similar, que los estados afectivos básicos actúan como sustento para todas las demás formas de consciencia y que el sentido primario del self del infante es fundamentalmente emocional. Así, en la actualidad muchos neurocientíficos consideran que el self está enraizado en los procesos emocionales, siendo la afectividad un componente esencial de la experiencia individual.

Esta idea no es completamente nueva en el campo de la psicología. West (2004) piensa que en la obra de Freud el ello es entendido como estructura psíquica de carácter instintivo-afectivo y que el trabajo de Jung apunta a que la base de la personalidad y del inconsciente es la afectividad. Según él, tanto “para Jung como para Freud [...] el núcleo del individuo es de naturaleza afectiva” (p. 541). Y, de hecho, en algunas especulaciones acerca de los orígenes históricos de la consciencia y de la identidad personal Jung (1934a) se pronuncia respecto de la importancia de los estados emocionales en términos del

surgimiento de la auto-consciencia: “cuando estamos dominados por un afecto es cuando tomamos consciencia de nosotros mismos con mayor agudeza, cuando nos percibimos a nosotros mismos con mayor intensidad. Por ello no es improbable pensar que la consciencia originaria surgió durante un afecto [...]” (p. 97). Ya décadas antes, Jung (1907) había declarado que la “base esencial de nuestra personalidad es la afectividad. El pensamiento y la acción son, por así decirlo, sólo síntomas de la afectividad” (p. 35). Más allá, la teoría jungiana supone que los contenidos implicados en las unidades psicológicas básicas que conforman el psiquismo –los complejos– están unidos por un determinado tono emocional (Jung, 1907, 1934b).

Para West (2004), también la teoría del apego remite a un núcleo emocional como fundamento de la personalidad del individuo. Entre los teóricos británicos de las relaciones objetales, W. R. Fairbairn supuso que no existe self sin emoción, ni emoción sin self (Fonagy, 2001). Spitz (1965) indicó, por su parte, que durante los primeros tres meses de vida las experiencias del niño se limitan a la dimensión afectiva, desprendiéndose que los afectos constituyen la base del self. Los investigadores contemporáneos de infantes han explicitado esta implicancia de la aseveración de Spitz. Trevarthen (2001) sostiene que las emociones son lo que mantiene unido al self y Tronick (2002) destaca que los estados de ánimo organizan la experiencia del infante en el tiempo y, con ello, le proporcionan forma y continuidad. Tal vez uno de los primeros investigadores de infantes que enfatizó este punto fue Emde (1983, 1988), quien señala que la estructura integradora central del self naciente es su núcleo afectivo y que la experiencia afectiva cumple una función adaptativa primordial a la hora de facilitar el desarrollo del self –esto es, a la hora de sostener y diferenciar de manera progresiva los elementos principales que conforman el self: la experiencia y representación del self, la experiencia y representación del otro y la experiencia vincular y representación del self con el otro. Emde además considera que, en base a las experiencias tempranas, el núcleo afectivo del self se sesga con tendencias hacia determinadas respuestas emocionales, configurando las particularidades de la dimensión afectiva de la personalidad.

Retomando las ideas originales de Freud, Jung, Fairbairn, Spitz y otros, muchos psicoterapeutas contemporáneos también han afirmado que los afectos representan los fundamentos del self y organizan la experiencia del individuo (Buirski & Haglund, 2001; Dio Bleichmar, 2005; Geissler, 2004b; Greenberg, 2004; Greenberg & Paivio, 1997; Greenberg et al., 1993; Magnavita, 2006a; Orange et al., 1997; Schore, 2003a; Stolorow et al., 1987; Stolorow, 2002a; Totton, 2003; West, 2004). Desde la perspectiva de la psicología del self, Lichtenberg (1991) ha indicado que las experiencias selfobjetales promueven la cohesión del self y ha destacado que una dimensión básica de un self saludable es su tono afectivo basal de vitalización. Para Buirski y Haglund (2001), en efecto, los “afectos actúan como el sustrato de las organizaciones de la experiencia. [...] Nuestras organizaciones de la experiencia [...] se forman en la interfaz entre la expresión afectiva y el ambiente que proporciona cuidados” (pp. 53-57). Los psicoterapeutas corporales, por su parte, subrayan el papel central de las emociones a la hora de establecer y mantener el sentido del self, en gran parte debido a la retroalimentación relacional que la expresión emocional ofrece a la persona (Totton, 2003).

Keleman (1985) agrega, desde el punto de vista somático, que los sentimientos son la argamasa que mantiene unido al self. Aron (1996), por último, sintetiza las ideas descritas: afecto e interafectividad son el núcleo de la subjetividad e intersubjetividad.

Reflexiones finales

Para concluir la discusión contenida en este trabajo, haremos referencia a dos criterios generales para poder evaluar si acaso el self se ha desarrollado de manera óptima, propuestos por Lichtenberg (2003) recientemente: (1) el sentido del self se ha desarrollado como un *ser afectivo*, que ha recibido en el contexto de las relaciones tempranas respuestas entonadas por parte de cuidadores sensibles y empáticos y (2) el sentido del self ha llegado a incorporar la experiencia y convicción de ser capaz de generar reacciones de satisfacción de sus propias necesidades afectivas, primero por parte de sus figuras primarias de apego y después en sus vínculos emocionales íntimos. Lichtenberg piensa que estos dos aspectos dan cuenta de la definición del self como centro de iniciativa que, como vimos en una sección previa, formuló Kohut.

Hemos mencionado que el énfasis sobre los afectos como dimensión de fundamental importancia desde el punto de vista del desarrollo del self y la organización de la experiencia subjetiva implica, al mismo tiempo, un énfasis sobre los contextos relacionales en el seno de los cuales las experiencias afectivas son experimentadas, articuladas e integradas. Ya Reich había aseverado, anticipándose a este acento, que la viveza emocional del infante depende de la riqueza emocional de su ambiente (Frigola, 2004). De esta manera, las características particulares del entorno interpersonal temprano del niño –sus cuidadores– son uno de los factores más significativos en términos del relativo éxito evolutivo de la construcción de una organización cohesiva y coherente del self. En este sentido, la experiencia emocional del self “es inseparable de los contextos intersubjetivos de entonamiento y desentonamiento en los cuales fue vivenciada” (Stolorow et al., 2002, p. 11). Tal como especifica Stolorow (2002a):

A diferencia de las pulsiones, que se originan en la profundidad interior de una mente cartesiana aislada, el afecto –esto es, la experiencia emocional subjetiva– es algo que se regula adecuada o inadecuadamente, desde el nacimiento en adelante, dentro de sistemas relacionales en curso. En consecuencia, colocar al afecto en el centro [del pensamiento psicológico] conlleva de modo automático una contextualización radical de virtualmente todos los aspectos de la vida psicológica humana. (p. 678)

REFERENCIAS

- Aron, L. (1996). *A Meeting of Minds: Mutuality in Psychoanalysis*. New Jersey: The Analytic Press.
- Aron, L. (1998). Introduction: The body in drive and relational models. En L. Aron & F. Sommer (Eds.), *Relational Perspectives on the Body* (pp. xix-xxviii). New Jersey: The Analytic Press.
- Atwood, G. & Stolorow, R. (1984). *Structures of Subjectivity: Explorations in Psychoanalytic*

Phenomenology. New Jersey: The Analytic Press.

Bacal, H. (1990). Selbstpsychologie (Selbstobjekt-Theorie): Heinz Kohut. En H. Bacal & K. Newman, *Objektbeziehungstheorien: Brücken zur Selbstpsychologie* (pp. 274-334). Stuttgart: Frommann-Holzboog.

Bacal, H. (1998). Optimal responsiveness and the therapeutic process. En H. Bacal (Ed.), *Optimal Responsiveness: How Therapists Heal Their Patients* (pp. 3-34). New Jersey: Jason Aronson.

Balbernie, R. (2001). Circuits and circumstances: The neurobiological consequences of early relationship experiences and how they shape later behaviour. *Journal of Child Psychotherapy*, 27 (3), 237-255.

Basch, M. (1998). Psychoanalyse und Entwicklung. En H.-P. Hartmann, W. Milch, P. Kutter & J. Paál (Eds.), *Das Selbst im Lebenszyklus* (pp. 10-25). Frankfurt am Main: Suhrkamp.

BCPSG (Boston Change Process Study Group) (2002). Explicating the implicit: The local level and the microprocess of change in the analytic situation. *International Journal of Psychoanalysis*, 83, 1051-1062.

Beebe, B., Knoblauch, S., Rustin, J. & Sorter, D. (2003). Introduction: A systems view. *Psychoanalytic Dialogues*, 13 (6), 743-775.

Beebe, B., Knoblauch, S., Rustin, J. & Sorter, D. (2005). *Forms of Intersubjectivity in Infant Research and Adult Treatment*. New York: Other Press.

Beebe, B. & Lachmann, F. (1994). Representation and internalization in infancy: Three principles of salience. *Psychoanalytic Psychology*, 11, 127-166.

Beebe, B. & Lachmann, F. (2002). *Säuglingsforschung und die Psychotherapie Erwachsener*. Stuttgart: Klett-Cotta.

Beebe, B., Rustin, J., Sorter, D. & Knoblauch, S. (2003). An expanded view of intersubjectivity in infancy and its application to psychoanalysis. *Psychoanalytic Dialogues*, 13 (6), 805-841.

Beebe, B., Sorter, D., Rustin, J. & Knoblauch, S. (2003). A comparison of Meltzoff, Trevarthen, and Stern. *Psychoanalytic Dialogues*, 13 (6), 777-804.

Buirski, P. & Haglund, P. (2001). *Making Sense Together: The Intersubjective Approach to Psychotherapy*. New Jersey: Jason Aronson.

Crittenden, P. (1994). Attachment and psychopathology. En S. Goldberg, R. Muir & J. Kerr (Eds.), *Attachment Theory: Social, Developmental, and Clinical Perspectives* (pp. 367-406). New Jersey: The Analytic Press.

Damasio, A. (1994). *El error de Descartes: La razón de las emociones*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Damasio, A. (2000). *Sentir lo que sucede: Cuerpo y emoción en la fábrica de la consciencia*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Diamond, N. & Marrone, M. (2003). *Attachment and Intersubjectivity*. London: Whurr Publishers.

Dio Bleichmar, E. (2005). *Manual de psicoterapia de la relación padres e hijos*. Barcelona: Paidós.

Downing, G. (1996). *Körper und Wort in der Psychotherapie: Leitlinien für die Praxis*. München:

Kösel.

- Downing, G. (2006). Frühkindlicher Austausch und dessen Beziehung zum Körper. En G. Marlock & H. Weiss (Eds.), *Handbuch der Körperpsychotherapie* (pp. 333-350). Stuttgart: Schattauer.
- Eiden, B. (2002). Application of post-Reichian body psychotherapy: A Chiron perspective. En T. Staunton (Ed.), *Body Psychotherapy* (pp. 27-55). London: Brunner-Routledge.
- Emde, R. (1983). The prerepresentational self and its affective core. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 38, 165-192.
- Emde, R. (1988). Development terminable and interminable: I. Innate and motivational factors from infancy. *International Journal of Psychoanalysis*, 69, 23-42.
- Fadiman, J. & Frager, R. (1976). Wilhelm Reich y la psicología del cuerpo. En J. Fadiman & R. Frager, *Teorías de la personalidad* (pp. 117-165). México: Horla.
- Feldman, R. & Greenbaum, C. (1997). Affect regulation and synchrony in mother-infant play as precursors to the development of symbolic competence. *Infant Mental Health Journal*, 18 (1), 4-23.
- Fogel, A. (2004). Remembering infancy: Accessing our earliest experiences [on-line]. *University of Utah* ([www.psych.utah.edu/fogel/publications/Remembering%20 Infancy.pdf](http://www.psych.utah.edu/fogel/publications/Remembering%20Infancy.pdf)).
- Fonagy, P. (1999). Transgenerational consistencies of attachment: A new theory [on-line]. Paper to the Developmental and Psychoanalytic Discussion Group, American Psychoanalytic Association Meeting ([http://psychematters.com/papers/fonagy2. htm](http://psychematters.com/papers/fonagy2.htm)).
- Fonagy, P. (2001). *Teoría del apego y psicoanálisis*. Barcelona: Espaxs.
- Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E. & Target, M. (2002). *Affektregulierung, Mentalisierung und die Entwicklung des Selbst*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Fonagy, P. & Target, M. (1997). Attachment and reflective function: Their role in self-organization. *Development and Psychopathology*, 9, 679-700.
- Fonagy, P. & Target, M. (1998). Mentalization and the changing aims of child psychoanalysis. En L. Aron & A. Harris (Eds.), *Relational Psychoanalysis: Innovation and Expansion* (Vol. 2) (pp. 253-278). New Jersey: The Analytic Press.
- Fonagy, P. & Target, M. (2002). Early intervention and the development of self-regulation. *Psychoanalytic Inquiry*, 22 (3), 307-335.
- Fosha, D. (2001). The dyadic regulation of affect. *Journal of Clinical Psychology*, 57 (2), 227-242.
- Fosha, D. (2002). True self, true other and core state: Toward a clinical theory of affective change process [on-line]. Artículo presentado en la Los Angeles Psychoanalytic Society and Institute (www.traumaresources.org/pdf/True_Self.pdf).
- Fosha, D. (2003). Dyadic regulation and experiential work with emotion and relatedness in trauma and disorganized attachment. En M. Solomon & D. Siegel (Eds.), *Healing Trauma: Attachment, Trauma, the Brain, and the Mind* (pp. 221-281). New York: Norton.
- Fosha, D. & Slowiaczek, M. (1997). Techniques to accelerate dynamic psychotherapy. *American Journal of Psychotherapy*, 51 (2), 229-251.

- Fosshage, J. (2005). The explicit and implicit domains in psychoanalytic change. *Psychoanalytic Inquiry*, 25 (4), 516-539.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En S. Freud, *El yo y el ello* (pp. 7-51). Madrid: Alianza Editorial.
- Frigola, C. (2004). *Primeros auxilios emocionales: La revolución sexual para el siglo XXI y el legado de Wilhelm Reich*. Barcelona: Editorial Laertes.
- Geissler, P. (2001a). Das Konzept der "Körperregression" von George Downing. En P. Geissler (Ed.), *Psychoanalyse und Körper* (pp. 139-174). Giessen: Psychosozial-Verlag.
- Geissler, P. (2001b). Präverbale Interaktion: Die Videomikroanalyse als Basis für neue körperpsychotherapeutische Konzeptbildungen. *Psychotherapie Forum*, 9, 99-111.
- Geissler, P. (2002). Erste Überlegungen zu einer erweiterten Selbst-psychologie: Intersubjektives Feld, Vitalitätskonturen, präsentisches Verstehen und "Now-moments" [on-line]. *Vkdnet* (www.vkdnet.de/website/news/texte/kt_art26.htm).
- Geissler, P. (2004). Beiträge der Neurowissenschaften und der Evolutionstheorie zum Verstehen der Bedeutung von Emotionen: Zusammenfassende Darstellung emotionstheoretischer Überlegungen von A. R. Damasio und J. Panksepp. En P. Geissler (Ed.), *Was ist Selbstregulation? Eine Standortbestimmung* (pp. 195-218). Giessen: Psychosozial-Verlag.
- Gergely, G. (2004). The role of contingency detection in early affect-regulative interactions and in the development of different types of infant attachment. *Social Development*, 13 (3), 468-478.
- Geuter, U. (2006). Geschichte der Körperpsychotherapie. En G. Marlock & H. Weiss (Eds.), *Handbuch der Körperpsychotherapie* (pp. 17-32). Stuttgart: Schattauer.
- Ghent, E. (1992). Foreword. En N. Skolnick & S. Warshaw (Eds.), *Relational Perspectives in Psychoanalysis*. New Jersey: The Analytic Press.
- Gianino, A. & Tronick, E. (1988). The mutual regulation model: The infant's self and interactive regulation and coping and defensive capacities. En T. Field, P. McCabe & N. Schneiderman (Eds.), *Stress and Coping* (pp. 47-68). New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Giannoni, M. (2004). Epistemological premise, developmental idea, main motivation in Jung's and Kohut's psychoanalysis: Looking for some analogies. *Journal of Analytical Psychology*, 49, 161-175.
- Goldberg, S., Muir, R. & Kerr, J. (Eds.) (1994). *Attachment Theory: Social, Developmental, and Clinical Perspectives*. New Jersey: The Analytic Press.
- Gomez, C., Baird, S. & Jung, L. (2004). Regulatory disorder: Identification, diagnosis, and intervention planning. *Infants and Young Children*, 17 (4), 327-339.
- Green, A. (1972). Concepciones sobre el afecto. En A. Green, *De locuras privadas* (pp. 163-216). Buenos Aires: Amorrortu.
- Greenberg, L. (2004). Emotion-focused therapy. *Clinical Psychology and Psychotherapy*, 11, 3-16.
- Greenberg, L. & Bolger, E. (2001). An emotion-focused approach to overregulation of emotion and emotional pain. *Journal of Clinical Psychology*, 57 (2), 197-211.

- Greenberg, L. & Paivio, S. (1997). *Trabajar con las emociones en psicoterapia*. Barcelona: Paidós.
- Greenberg, L. & Pascual-Leone, A. (2006). Emotion in psychotherapy: A practice-friendly research review. *Journal of Clinical Psychology*, 62 (5), 611-630.
- Greenberg, L., Rice, L. & Elliott, R. (1993). *Facilitando el cambio emocional: El proceso terapéutico punto por punto*. Barcelona: Paidós.
- Greenberg, L. & Safran, J. (1984). Integrating affect and cognition: A perspective on the process of therapeutic change. *Cognitive Therapy and Research*, 8, 559-578.
- Greenberg, L. & Safran, J. (1987). *Emotion in Psychotherapy*. New York: The Guilford Press.
- Greenspan, S. (1981). *Psychopathology and Adaptation in Infancy and Early Childhood: Principles of clinical diagnosis and preventive intervention*. New York: International Universities Press.
- Greenspan, S. & Porges, S. (1984). Psychopathology in infancy and early childhood: Clinical perspectives on the organization of sensory and affective-thematic experience. *Child Development*, 55, 49-70.
- Grienenberger, J. & Slade, A. (2002). Maternal reflective functioning, mother-infant affective communication, and infant attachment: Implications for psychodynamic treatment with children and families. *Psychologist-Psychoanalyst*, 22, 20-24.
- Haft, W. & Slade, A. (1989). Affect attunement and maternal attachment: A pilot study. *Infant Mental Health Journal*, 10 (3), 157-172.
- Hartmann, H.-P. (1995). Grundbegriffe der Selbstpsychologie: Teil I. En P. Kutter, J. Paál, C. Schöttler, H.-P. Hartmann & W. Milch (Eds.), *Der therapeutische Prozeß* (pp. 23-36). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Holmes, J. (1994). "Something there is that doesn't love a wall": John Bowlby, attachment theory, and psychoanalysis. En S. Goldberg, R. Muir & J. Kerr (Eds.), *Attachment Theory: Social, Developmental, and Clinical Perspectives* (pp. 19-43). New Jersey: The Analytic Press.
- Jacoby, M. (1985). *Individuation and Narcissism: The Psychology of the Self in Jung and Kohut*. London: Brunner-Routledge.
- Jacoby, M. (1999). *Jungian Psychotherapy and Contemporary Infant Research: Basic Patterns of Emotional Exchange*. London: Routledge.
- Jung, C. G. (1907). *Psicología de la demencia precoz*. Barcelona: Paidós.
- Jung, C. G. (1928). The relations between the ego and the unconscious. En C. G. Jung, *Two Essays on Analytical Psychology* (pp. 131-253). New York: The World.
- Jung, C. G. (1934a). Funciones y estructuras del consciente y del inconsciente. En C. G. Jung, *Los complejos y el inconsciente* (pp. 85-152). Madrid: Alianza Editorial.
- Jung, C. G. (1934b). Allgemeines zur Komplextheorie. En C. G. Jung, *Die Dynamik des Unbewußten* (pp. 109-123). Düsseldorf: Walter-Verlag.
- Keleman, S. (1985). *Anatomía emocional: La estructura de la experiencia somática*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Kochanska, G. (2001). Emotional development in children with different attachment histories:

The first three years. *Child Development*, 72 (2), 474-490.

Köhler, L. (1998). Das Selbst im Säuglings- und Kleinkindalter. En H.-P. Hartmann, W. Milch, P. Kutter & J. Paál (Eds.), *Das Selbst im Lebenszyklus* (pp. 26-48). Frankfurt am Main: Suhrkamp.

Kohut, H. (1971). *Análisis del self: El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Kohut, H. (1977). *La restauración del sí-mismo*. México: Paidós.

Kohut, H. (1984). *How Does Analysis Cure?* Chicago: The University of Chicago Press.

Kohut, H. (1987 [1974]). *Auf der Suche nach dem Selbst: Kohuts Seminare zur Selbstpsychologie und Psychotherapie* (Ed. Miriam Elson). München: Verlag J. Pfeiffer.

Kutter, P. (2001). *Affekt und Körper: Neue Akzente der Psychoanalyse*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.

Lecannelier, F. (2006). *Apego e intersubjetividad: Influencia de los vínculos tempranos en el desarrollo humano y la salud mental*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Lichtenberg, J. (1991). What is a selfobject? *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 455-479.

Lichtenberg, J. (2001). Motivational systems and model scenes with special reference to bodily experience. *Psychoanalytic Inquiry*, 21 (3), 430-447.

Lichtenberg, J. (2003). Communication in infancy. *Psychoanalytic Inquiry*, 23 (3), 498-520.

Lichtenberg, J., Lachmann, F. & Fosshage, J. (1996). *The Clinical Exchange*. New Jersey: The Analytic Press.

Lichtenberg, J., Lachmann, F. & Fosshage, J. (2002). *A Spirit of Inquiry: Communication in Psychoanalysis*. New Jersey: The Analytic Press.

Lowen, A. (1975). *Bioenergética*. México: Diana.

Lowen, A. (1985). *El narcisismo: La enfermedad de nuestro tiempo*. Barcelona: Paidós.

Lyons-Ruth, K. (1998). Implicit relational knowing: Its role in development and psychoanalytic treatment. *Infant Mental Health Journal*, 19 (3), 282-289.

Lyons-Ruth, K. (1999). The two-person unconscious: Intersubjective dialogue, enactive relational representation, and the emergence of new forms of relational organization. En L. Aron & A. Harris (Eds.), *Relational Psychoanalysis: Innovation and Expansion* (Vol. 2) (pp. 311-349). New Jersey: The Analytic Press.

Lyons-Ruth, K. (2000). "I sense that you sense that I sense...": Sander's recognition process and the specificity of relational moves in the psychotherapeutic setting. *Infant Mental Health Journal*, 21, 85-98.

Magnavita, J. (2006). Emotion in short-term psychotherapy: An introduction. *Journal of Clinical Psychology*, 62 (5), 517-522.

Maroda, K. (1999). Show some emotion: Completing the cycle of affective communication. En L. Aron & A. Harris (Eds.), *Relational Psychoanalysis: Innovation and Expansion* (Vol. 2) (pp. 121-

- 143). New Jersey: The Analytic Press.
- Milch, W. (1995). Grundbegriffe der Selbstpsychologie: Teil II. En P. Kutter, J. Paál, C. Schöttler, H.-P. Hartmann & W. Milch (Eds.), *Der therapeutische Prozeß* (pp. 37-51). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Mitchell, S. (1991). Contemporary perspectives on self: Toward an integration. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 121-147.
- Modell, A. (1984). El psicoanálisis como psicología de una persona y como psicología de dos personas. En A. Modell, *El psicoanálisis en un contexto nuevo* (pp. 21-30). Buenos Aires: Amorrortu.
- Orange, D., Atwood, G. & Stolorow, R. (1997). *Intersubjektivität in der Psychoanalyse: Kontextualismus in der psychoanalytischen Praxis*. Frankfurt am Main: Brandes & Apsel.
- Orbach, S. (2004). The body in clinical practice. Part one: There is no such thing as a body. En K. White (Ed.), *Touch: Attachment and the Body* (pp. 17-34). London: Karnac Books.
- Panksepp, J. (1998). *Affective Neuroscience: The Foundations of Human and Animal Emotions*. Oxford: Oxford University Press.
- Panksepp, J. (2001). The long-term psychobiological consequences of infant emotions: Prescriptions for the twenty-first century. *Infant Mental Health Journal*, 22 (1-2), 132-173.
- Reich, W. (1942). *The Function of the Orgasm: Sex-Economic Problems of Biological Energy*. London: Souvenir Press.
- Reich, W. (1945 [1933]). *Análisis del carácter*. Barcelona: Paidós.
- Riera, R. (2002). Introducción a la psicología del self. En H. Kohut, *Los dos análisis del Sr. Z* (pp. 91-126). Barcelona: Herder.
- Schachner, D., Shaver, P. & Mikulincer, M. (2005). Patterns of nonverbal behavior and sensibility in the context of attachment relationships. *Journal of Nonverbal Behavior*, 29 (3), 141-169.
- Schore, A. (1994). *Affect Regulation and the Origin of the Self: The Neurobiology of Emotional Development*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Schore, A. (2000). Attachment and the regulation of the right brain. *Attachment & Human Development*, 2 (1), 23-47.
- Schore, A. (2001a). Effects of a secure attachment relationship on right brain development, affect regulation, and infant mental health. *Infant Mental Health Journal*, 22 (1-2), 7-66.
- Schore, A. (2001b). The effects of early relational trauma on right brain development, affect regulation, and infant mental health. *Infant Mental Health Journal*, 22 (1-2), 201-269.
- Schore, A. (2002). Advances in neuropsychoanalysis, attachment theory, and trauma research: Implications for self psychology. *Psychoanalytic Inquiry*, 22, 433-484.
- Schore, A. (2003a). *Affect Dysregulation and Disorders of the Self*. New York: W. W. Norton.
- Schore, A. (2003b). *Affect Regulation and the Repair of the Self*. New York: W. W. Norton.
- Schore, A. (2005a). Attachment, affect regulation, and the developing right brain: Linking

- developmental neuroscience to pediatrics. *Pediatrics in Review*, 26 (6), 204-217.
- Schore, A. (2005b). A neuropsychanalytic viewpoint: Commentary on paper by Steven H. Knoblauch. *Psychoanalytic Dialogues*, 15 (6), 829-854.
- Schrauth, N. (2001). *Körperpsychotherapie und Psychoanalyse: Eine vergleichende Studie am Beispiel von Wilhelm Reich, Gerda Boyesen und Alexander Lowen sowie Sandor Ferenczi, Michael Balint und D. W. Winnicott*. Berlin: Ulrich Leutner Verlag.
- Sjödín, C. (1998). Affects –Modulation and transformation. *International Forum of Psychoanalysis*, 7, 35-44.
- Soth, M. (2002). A response to Maggie Turp's paper from a body psychotherapy perspective. *European Journal of Psychotherapy, Counselling & Health*, 5 (2), 121-133.
- Spitz, R. (1965). *El primer año de vida del niño: Génesis de las primeras relaciones objetales*. Madrid: Aguilar.
- Stern, D. (1985). *El mundo interpersonal del infante: Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Stern, D., Sander, L., Nahum, J., Harrison, A., Lyons-Ruth, K., Morgan, A., Bruschweiler-Stern, N. & Tronick, E. (1998). Non-interpretive mechanisms in psychoanalytic therapy: The "something more" than interpretation. *International Journal of Psychoanalysis*, 79, 903-921.
- Stern, D. (2004). *The Present Moment in Psychotherapy and Everyday Life*. New York: W. W. Norton & Company.
- Stolorow, R. (1994). The intersubjective context of intrapsychic experience. En R. Stolorow, G. Atwood & B. Brandchaft (Eds.), *The Intersubjective Perspective* (pp. 3-14). New Jersey: Jason Aronson.
- Stolorow, R. (2000). From isolated minds to experiential worlds: An intersubjective space odyssey. *American Journal of Psychotherapy*, 54 (2), 149-151.
- Stolorow, R. (2002a). From drive to affectivity: Contextualizing psychological life. *Psychoanalytic Inquiry*, 22 (5), 678-685.
- Stolorow, R. (2002b). Impasse, affectivity, and intersubjective systems. *Psychoanalytic Review*, 89 (3), 329-337.
- Stolorow, R. & Atwood, G. (1992a). *Los contextos del ser: Las bases intersubjetivas de la vida psíquica*. Barcelona: Herder.
- Stolorow, R. & Atwood, G. (1992b). Three realms of the unconscious. En S. Mitchell & L. Aron (Eds.), *Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition* (pp. 365-378). New Jersey: The Analytic Press.
- Stolorow, R., Atwood, G. & Orange, D. (2002). *Worlds of Experience: Interweaving Philosophical and Clinical Dimensions in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Stolorow, R., Brandchaft, B. & Atwood, G. (1987). *Psychoanalytische Behandlung: Ein intersubjektiver Ansatz*. Frankfurt am Main: Fischer.
- Totton, N. (2003). *Body Psychotherapy: An Introduction*. Philadelphia: Open University Press.

- Traue, H. (1998). *Emotion und Gesundheit: Die psychobiologische Regulation durch Hemmung*. Heidelberg: Spektrum Akademischer Verlag.
- Trevarthen, C. (2001). Intrinsic motives for companionship in understanding: Their origin, development, and significance for infant mental health. *Infant Mental Health Journal*, 22, 95-131.
- Trevarthen, C. & Aitken, K. (2001). Infant intersubjectivity: Research, theory, and clinical applications. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 42 (1), 3-48.
- Tronick, E. (1989). Emotions and emotional communication in infants. *American Psychologist*, 44, 112-119.
- Tronick, E. (1998). Dyadically expanded states of consciousness and the process of therapeutic change. *Infant Mental Health Journal*, 19 (3), 290-299.
- Tronick, E. (2001). Emotional connections and dyadic consciousness in infant-mother and patient-therapist interactions. *Psychoanalytic Dialogues*, 11, 187-194.
- Tronick, E. (2002). A model of infant mood states and sandarian affective waves. *Psychoanalytic Dialogues*, 12 (1), 73-99.
- Tronick, E. (2003). "Of course all relationships are unique": How co-creative processes generate unique mother-infant and patient-therapist relationships and change other relationships. *Psychoanalytic Inquiry*, 23, 473-491.
- Tyson, P. (2005). Affects, agency, and self-regulation: Complexity theory in the treatment of children with anxiety and disruptive behaviour disorders. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53 (1), 159-187.
- Walden, T. & Smith, M. (1997). Emotion regulation. *Motivation and Emotion*, 21 (1), 7-25.
- Wehowsky, A. (2006). Affektmotorische Schemata. En G. Marlock & H. Weiss (Eds.), *Handbuch der Körperpsychotherapie* (pp. 351-361). Stuttgart: Schattauer.
- West, M. (2004). Identity, narcissism and the emotional core. *Journal of Analytical Psychology*, 49, 521-551.
- Winnicott, D. (1957 [1945]). Primitive emotional development. En D. Winnicott, *Through Pediatrics to Psychoanalysis*. London: Hogarth.
- Winnicott, D. (1960). La distorsión del yo en términos de self verdadero y falso. En D. Winnicott, *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (pp. 182-199). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1965). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires: Paidós.
- Wiser, S. & Arnow, B. (2001). Emotional experiencing: To facilitate or regulate? *Journal of Clinical Psychology*, 57 (2), 157-168.
- Wolf, E. (1988). *Theorie und Praxis der psychoanalytischen Selbstpsychologie*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Wolf, E. (1989a). Anmerkungen zum therapeutischen Prozeß in der Psychoanalyse. En P. Kutter

(Ed.), *Selbstpsychologie: Weiterentwicklungen nach Heinz Kohut* (pp. 107-124). Stuttgart: Klett-Cotta.

Wolf, E. (1989b). Das Selbst in der Psychoanalyse: Grundsätzliche Aspekte. En P. Kutter (Ed.), *Selbstpsychologie: Weiterentwicklungen nach Heinz Kohut* (pp. 1-25). Stuttgart: Klett-Cotta.

Original recibido con fecha: 3-2-2011 Revisado: 30-4-2011 Aceptado para publicación: 30-5-2011

NOTAS

¹ Psicólogo clínico, psicoterapeuta de adultos de orientación analítica en práctica privada. Magíster Psicología Clínica de Orientación Jungiana, UAI, Chile. Docente de pre- y postgrado en U. de Chile, U. del Desarrollo y U. Adolfo Ibáñez. Dirección: Asturias 171 of. 209, Providencia, Santiago, Chile. Contacto: asjorquera@gmail.com / www.sassenfeld.cl

² En parte, estas ideas provienen de la tradición psicoanalítica clásica. A principios de la década de 1960, Heinz Hartmann definió el self como representación del individuo en la instancia psíquica del yo, con lo cual el self se convirtió en un contenido del aparato psíquico o de una estructura psíquica específica (el yo o ego). En la misma época, Edith Jacobson indicó que la representación del self es influenciada por las experiencias emocionales que atraviesa el individuo (Jacoby, 1985).

³ Lyons-Ruth (1999) asevera que el conocimiento procedural refiere al “saber hacer algo o al saber cómo comportarse [...] más que a conocer información o imágenes que pueden ser evocadas y relatadas de forma consciente [...]” (p. 314). Dio Bleichmar (2005) puntualiza que en el conocimiento procedural se trata de huellas sin contenido, que comprende secuencias de acción e interacción, que ocurre sin tener consciencia de ello, que representa el pasado sin imágenes o palabras, que aunque el sujeto lo desconoce no es resultado de procesos defensivos y que guarda relación con la memoria emocional.

⁴ “¿En qué medida son sinónimos el entonamiento afectivo y la resonancia empática? El entonamiento afectivo está ciertamente basado en la resonancia emocional, que tiene de modo aproximado el mismo significado que la reverberación. Sin resonancia emocional, la empatía genuina no es posible. Sin embargo, en el caso de la empatía, tiene que existir la inclusión de ciertas funciones cognitivas. Tiene que tomarse una decisión deliberada y consciente si deseamos intentar efectivamente colocarnos en el mundo subjetivo de otras personas y buscar entender no sólo sus sentimientos, sino también sus pensamientos y puntos de vista. En contraste, el entonamiento afectivo ocurre de la forma más típica de manera espontánea y es predominantemente inconsciente [...] No obstante, es un fundamento esencial en la dimensión intersubjetiva del vínculo madre-hijo y puede ser visualizado de la forma más apropiada como prototipo de la empatía” (Jacoby, 1999, p. 150). Sin embargo, muchos psicoterapeutas de adultos utilizan ambos conceptos de modo relativamente equivalente.